

año de 1848, aquel puerto en el cual la barca de Pedro arrojó el ancla para ponerse al abrigo de las tempestades del mundo. Ya las anchurosas puertas del infierno se lisonjeaban de haber vencido a la tiara tres veces santa, ya creían caído al jefe de la cristiandad para no levantarse jamás, cuando de repente entre nubes sombrías y terribles relámpagos, resonó el trueno y conmovió los cielos, y los viles secuaces del príncipe de este mundo, oyeron trémulos una voz que exclamaba: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." El Pastor de las almas encontró en su fuga un asilo seguro sobre las rocas de Gaeta, y las puertas del infierno tragarón de nuevo la turba espumante, y cayeron sobre sí mismas ante la fuerza del Omnipotente.

Detrás de la ciudad se extiende una ancha bahía, circundada por altas montañas, a un lado de la cual aparece el gracioso *Moladi Gaeta*. El sol dirigía sus rayos sobre la roca desnuda y pintoresca, a cuyo pié resplandecían con un vivo esplendor muchos grupos de casas. Habíamos entrado al puerto, pero mis ojos no podían descubrir la morada del rey, buscaban en vano una villa que al ménos fuese bonita: Aquila me mostró al fin, dos casitas unidas y apoyadas sobre la muralla de la fortificación, sobre la cual se veían muchas ventanas cerca de los techos: tal es el palacio en que habita el rey Fernando. El dueño de Nápoles vive en el seno de un país árido, en dos casas escondidas tras un bastion erizado de cañones y que apenas tiene la capacidad bastante para contener su numerosa familia. ¿Quién creería que este mismo príncipe, posee el palacio mas admirablemente situado que existe en el mundo y que Capo di Monte, esa corona de Nápoles, Caserta, Portici y Quisisana le pertenecen, residencias que podrian envidiarle los monarcas mas poderosos? y sin embargo, él ha establecido su casa de recreo sobre ese nido de rocas. Así es el mundo: se poseen los lugares mas bellos, mas admirables, aquellos que envidiarían los ricos de la tierra, y se huye a un rincón silencioso, donde se encuentran en la soledad nuevos encantos que los artesonados dorados y los sillones de terciopelo no son capaces de ofrecernos.

El pacífico *Retiro* de Gaeta posee sin duda cualidades que han sabido ganar el corazón de la augusta pareja. El rey tiene grati-

tud a esa roca donde ha encontrado el reposo su cabeza fatigada, donde su corona y la corona de la cristiandad han hallado apoyo, y sobre la cual su trono se ha vuelto a levantar con mayor solidez. Este fué el lugar en el que, como piadoso cristiano, dobló el primero la rodilla ante el representante de Dios sobre la tierra, y cual otro Abraham recibió humildemente al huésped sagrado y le indemnizó derramando sobre él las bendiciones de Dios.

El rey se ocupa mucho en la organización militar, para lo cual tiene aquí sobrado tiempo, y fortifica cada día más la formidable posición de la ciudadela. La reina se complace viviendo en la calma de la familia, de que puede gozar mas íntimamente en Gaeta. A estas diferentes razones se atribuye que la real pareja prefiera aquella estrecha mansión sobre los magníficos palacios de Nápoles.

Muchos buques de guerra se encontraban en la bahía en aquel momento y saludaron nuestra llegada. En medio de las armonías de una música militar y los hurras de los marineros, se arrojó el ancla, y una chalupa tripulada por oficiales superiores cubiertos de condecoraciones nos recogió de la fragata y nos condujo a tierra cerca de una poterna practicada en la muralla de recinto, donde fuimos recibidos por algunos personajes de la corte. Detrás de la estrecha poterna había un caminito bastante sucio por donde llegamos hasta la entrada de la residencia: la escalera es empinada y angosta. En el segundo piso vimos venir hácia nosotros a un hombre grande y fuerte con el pelo y la barba cortos, gran cordón en el hombro y tricorno galoneado en la cabeza. Mi buen genio me inspiró que aquel era el rey, y creo que verdaderamente esto fué una inspiración divina, pues yo me había figurado a Fernando muy diferente. Aun tenía vagamente en la memoria al jóven de veintiseis años que había visto en Viena en 1836. Ahora sin duda tenía cuarenta y uno; pero se hubiera creído de mas de cincuenta; tal vez era efecto del clima ó tambien de la revolución que ha hecho sufrir demasiado al rey. Cuando mas tarde tuve ocasión de considerarlo despacio, recordé sus facciones de otro tiempo; pero su hermosa cabellera negra estaba ya encanecida y su rostro surcado por las arrugas. Llevaba el sencillo uniforme de uno de sus regimientos de granaderos, al cual prefirió, según se dice, desde el

1020002776

tiempo de la revolucion: al hombro llevaba la órden austriaca de San Estéban.

El noble príncipe me hizo la acogida mas amable, y al punto me presentó con la reina, quien hace veinte años que no ve nuestro país: cuando dejó el hogar paterno estaba seductora por su gracia y su juventud; hoy la hija de los príncipes alemanes se ha hecho italiana y es madre de nueve hijos; ya con esto, se puede imaginar el cambio que ha tenido. Es una mujer pequeña, delicada y fina; y aunque tiene cierta semejanza con su padre y sus hermanos, predominan en ella los rasgos de la fisonomía de los Nassaus: tiene un aspecto calmado y serio, no parece vivir mas que para sus hijos, y manifiesta un gusto pronunciado por la soledad.

Gustaba el rey en otros tiempos de las fiestas y de los placeres; pero desde su segundo matrimonio, y sobre todo, desde la época de la revolucion, las grandes habitaciones de gala solamente se abren para las fastidiosas recepciones oficiales en los dias de aniversario de nacimiento y en los de año nuevo: en estas solemnes ocasiones el rey y su familia reciben las felicitaciones de los grandes del reino y de los altos funcionarios; y tanto las mujeres como los hombres, cumplen con la formalidad del *bacciamano*. No puedo dejar de notar aquí la admiracion profunda que experimenté viendo por la primera vez a los mas grandes personajes arrodillándose delante de mí y tendiendo su mano derecha sobre la mia, como si esta fuese una fuente de agua bendita: este movimiento reemplaza el acto material de besar la mano. Nada acostumbrado como yo lo estaba y mucho ménos preparado para semejante costumbre, aquella ceremonia me causó una impresion de las mas desagradables; me excusaba, por lo mismo, de la manera mas cómica y trataba de evitarla. Algunas buenas personas entendian de razones; pero otras muchas se obstinaron en querer darme aquel testimonio de respeto. Apénas hubimos cambiado las urbanidades de costumbre y la reina me habia invitado a tomar asiento en un sofá, cuando apareció la numerosa familia del rey por una puerta lateral: nueve hijos, de los cuales seis son varones y tres niñas. Solo el príncipe real es fruto del primer matrimonio de su padre: es un jóven de quince años, niño aún por su traje y sus modales, y muy parecido á su primo el duque de Módena: sus ojos pardos anuncian bondad y

sus facciones tienen mucha dulzura. Los otros niños dejan percibir algo de su origen austriaco, especialmente los varones que tienen un aspecto muy despierto. Las niñas poseen fisonomías dulces y graciosas; pero ninguna es precisamente bonita. El rey tiene un gusto particular que parece no agrada mucho a la reina, y consiste en hacer cortar a todos sus hijos el pelo casi hasta la raíz.

Para la augusta pareja era yo un personaje, hasta cierto punto nuevo; y como se sabia poco de las últimas condiciones de Austria, tuve que sostener exclusivamente la conversacion que algunas veces fué interrumpida. Finalmente, el rey me hizo la gracia de conducirme personalmente a las piezas que me habian sido preparadas, y tuve facultad para disponer de mí hasta la hora de la comida. Las habitaciones de la pareja real son pequeñas y de una sencillez que podria llamarse excesiva, sobre todo, en lo que concierne al menaje; se les podria tomar por piezas de algun funcionario que no estuviese muy altamente colocado; los muebles son de los mas ordinarios, los veladores están cubiertos con carpetas usadas, y de las paredes, tapizadas con papel, cuelgan grandes grabados ingleses que representan la caza del tigre y del oso, como se pueden ver en las habitaciones de nuestros celibatarios. Cada ventana tiene su balcon formado de verjas de hierro muy unidas, y acercándose a él se vé desde luego la calle sucia y estrecha, y mas arriba el bastion de la fortaleza cuyo aspecto me oprimiria demasiado, si tuviese que hacer de aquella casa mi mansion habitual. Desde mis ventanas, en la parte nueva de la residencia se vé una antigua y fea casa, cuyas raras ventanas dejan percibir los detalles poco atractivos de un menaje de aldea, y de cuando en cuando el arrugado rostro de alguna vieja. Es verdad que aquella casa muy pronto deberá ser derribada y se prolongará el bastion; entónces se podrán ver las habitaciones de la reina, la bahía y las calvas montañas. Detrás de la casa, por el lado que dá el frente a la gran roca, subiendo al piso superior, se llega a un terrado de jardin, donde vegetan penosamente un cenador de parras y algunos árboles: los tiestos no contienen plantas notables, y sin embargo, este pequeño espacio es para mi gusto, el principal atractivo de la casa. El jardin no tiene perspectiva;

pero se escalona graciosamente por toda la roca, y las vides lo enlazan de una manera agradable con las murallas y con el patio. El cuerpo del edificio en que estoy instalado, se une con la parte antigua por algunos escalones de piedra, y mis piezas, si no están amuebladas con lujo, no carecen de gusto y elegancia.

Aproveché el tiempo que me quedaba hasta la hora de comer para hacer una visita al príncipe real. El pobre jóven es muy tímido, lo que tal vez sea resultado de la educacion severa que ha recibido: lo tienen completamente alejado de la sociedad y se empeñan en mantenerlo en una especie de estado infantil. El año venidero será mayor de edad, entónces tendrá un acompañamiento independiente, y estará cerca de su persona un cierto conde de Ludolf, que pertenece al corto número de entes presentables de la corte de Nápoles. Embajador del reino cerca de la Santa Sede, vino a Gaeta en 1849, agradó a la real pareja, y desde entónces vegeta, como una especie de *administrador del placer*, en esta corte, cuyo nivel intelectual debe ser bastante primitivo para que haya podido llamar la atencion un personaje como Ludolf, cuyo talento consiste en soltar sobre todo lo que se ofrece, un flujo de chistes capaces de hacer dormir. En las comidas y en el paseo, este digno hombre tiene por única mision divertir a la reina y obsequiarla con inocentes anécdotas sacadas de los recuerdos de su carrera política.

El rey trabaja mucho; y como sucede frecuentemente a las gentes ocupadas, otorga su preferencia a personas ordinarias é insignificantes. Era tambien máxima de un gran político frances, el cual, cuando le preguntaban cómo podia frecuentar una sociedad tan completamente insignificante, tenia costumbre de responder: «Descanso.» Ludolf es pues la única persona que forma excepcion aquí, y por ese motivo sin duda lo agregan al acompañamiento del príncipe real. La costumbre que ha adquirido de moverse como diplomático en las mas diversas circunstancias, no dejará de serle muy provechosa en sus nuevas funciones.

En la comida figuró parte de la comitiva compuesta de las fisonomías mas extrañas. La cocina, exclusivamente italiana, era bien poco de mi gusto; el platillo mas interesante para mí eran los eternos *macaroni*: ricos y pobres los toman aquí todos los dias; hasta

he llegado a tener sospechas de que los habitantes del bello reino han sustituido en el *padre nuestro* este alimento al *pan de cada dia*.

Despues de la comida, con gran sorpresa de mi parte, el rey pidió cigarros y nos obligó, a pesar de nuestra resistencia, a fumar delante de la reina. Supongamos que hace medio siglo algun profeta ó algun gitano, de los que dicen la buenaventura, se hubiese deslizado en la orgullosa corte de Nápoles y hubiese murmurado al oído de los Borbones: «A pesar tuyo, raza antigua, vendrá un dia en que los hijos de Capeto invitarán al extranjero de lejanos países a fumar la hoja prohibida en las riberas del antiguo mar, y en presencia de la hija de los Hapsburgos.» Ellos, trémulos, habrian exclamado: «¡Grande, siete veces grande es nuestra culpa, porque nuestra raza ha sido condenada a la ceguedad!» ¡Oh tiempos, oh costumbres! Nuestros viejos padres no existen, han desaparecido en la tumba con el viejo tiempo: sus hijos han levantado aquella prohibicion, y sobre los mismos tronos de donde partió en otra época la excomunion contra la nicotina, fuman hoy los monarcas del nuevo siglo. Así camina el mundo.

Hacia algunos instantes que el tiempo se habia descompuesto; una fuerte borrasca se desencadenaba a través de las montañas, y en la ribera opuesta se amontonaban sombrías nubes, que bien pronto se rompieron, derramando sus benéficas aguas: con esto se refrescó un poco la atmósfera; pero no era posible ejecutar el proyecto de hacer una excursion a la ciudad.

Cuando disminuyó la lluvia, el rey me invitó a dar un paseo en coche por la fortaleza. La reina quiso ser de la partida: durante mi permanencia en Gaeta no cesó de manifestarme la mayor benevolencia, y llegó hasta dirigirme constantemente la palabra en nuestra lengua materna, lo que no le acontece sino rara vez. El rey, la reina, los tres hijos mayores y yo tomamos asiento en una ligera carretela y el resto de la concurrencia nos siguió en otros varios carruajes. Tomamos a lo largo de la muralla de recinto de la ciudad hasta llegar a la puerta que da al campo: encontrábamnos en el camino numerosos presidarios, vestidos de encarnado, cargados con pesadas cadenas y trabajando en la reparacion de las murallas. Son condenados militares que sufren aquella pena por graves delitos.

Fuera de murallas y cerca de la puerta, esperaba un destacamento de artillería; escolta habitual del rey en sus paseos en coche: hoy, en honra mía sin duda, la despidió, haciéndole una seña con la mano. Nos hallábamos en una lengua de tierra angosta y desnuda que sirve de comunicacion entre la ciudad y la roca: enfrente de este lugar, desde donde podria intentarse un ataque por tierra, la fortaleza ofrece una defensa natural de rocas a pico, que la circundan por el lado de la mar hasta la entrada de la bahía. Este último, al contrario, está defendido por trincheras levantadas por la mano del hombre, que se extienden a lo largo de la ribera, cubriendo las casas de la ciudad.

Aquella lengua de tierra vió dos veces en un mismo año un gran concurso de personas. La primera, fueron el pueblo de las inmediaciones y las tropas napolitanas que estaban reunidas. Un pobre fugitivo, desde lo alto de la ciudadela, en un lugar marcado despues con una lápida de mármol que tiene una inscripcion, les daba el único bien que le habian dejado las borrascas del mundo y que tantas criaturas humanas querian recibir aún, a pesar del furor de sus enemigos: la bendicion apostólica. La segunda vez, Pio IX apareció de nuevo sobre la roca y pronunció en alta voz su omnipotente bendicion; la daba entónces a una multitud que le prometia un próximo auxilio: eran las tropas españolas enviadas contra los rebeldes por la reina católica, y que acababan de desembarcar en Gaeta para recibir la bendicion pontifical, a fin de partir al combate con el alma fortificada de esta manera.

Testigos oculares me afirmaban que fué un espectáculo muy imponente ver al príncipe de la Iglesia levantándose sobre las murallas, con su sencillo traje blanco, y pronunciando con voz calmada y firme las palabras sagradas sobre la multitud de los fieles, que abismados en un mudo recogimiento, inclinaban ante él la cabeza. El lugar parecia maravillosamente escogido para un acto tan sublime y tan solemne.

Volvimos a pasar la muralla de recinto para visitar los diferentes bastiones que están en reparacion continua y que parecen tener, efectivamente, una grande importancia estratégica. El rey, por un sentimiento filantrópico de los mas honrosos, ha hecho plantar árboles en la árida roca, como lo hizo antes en los alre-

dedores de Nápoles. Aquella roca, segun tuve ocasion de observarlo posteriormente, ofrece gran semejanza con la fortaleza mas formidable, la invencible Gibraltar. En una de las calzadas recién plantadas, la mujer de un presidario que llevaba un niño en los brazos, se precipitó al coche del rey y se apoderó de él delirante, sin querer soltar su presa, a riesgo de ser atropellada por las ruedas; fué preciso que un soldado la separase tomándola del brazo: la pobre mujer, desesperada, dejó caer a su hijo medio desnudo y se inclinó sobre él aullando de dolor. La escena era triste, y muestra cuán vivos y hasta exagerados son los sentimientos de los meridionales. Observé en Gaeta y en Nápoles tambien muchas veces, que el pueblo ocurre al rey y a los príncipes directamente arrojando solicitudes a sus carruajes. Sobre la muralla de recinto que da al campo, hay un convento perteneciente a una órden de San Francisco, desconocida entre nosotros, y el rey quiso que fuésemos a él. A la entrada se encuentra una capilla en que la familia real se arrodilló é hizo una corta oracion: dirigiéndonos a la segunda capilla pasamos por un largo *via-crucis*, y mis augustos guías se santiguaron haciendo piadosas reverencias delante de cada cuadro. Fuimos despues a ver en la roca una grieta de cerca de cuatro piés de anchura, que se extiende, para arriba, desde la mar hasta la cima de la montaña, y que se dice que fué formada por el temblor que sobrevino cuando la muerte de Cristo. Aquella grieta extraña, angosta y profunda es seguramente la mayor curiosidad de Gaeta: yo no sabré decidir si debe su origen realmente a un milagro, y dejo a los incrédulos que sonrien, el trabajo de explicar como puedan aquel raro fenómeno.

Una escalera atraviesa el estrecho paso, y conduce a una iglesita construida en una bóveda formada sobre la grieta. En la pared izquierda de la roca se observa la marca de cinco dedos, los de un mahometano, que oyendo referir antiguamente el origen maravilloso de la grieta, manifestó su desprecio por esta débil piedra é hirió la roca con la mano, conservando aquella, segun cuenta la tradicion, la marca de los dedos. Vencido por este milagro, el infiel se hizo bautizar con agua que brotó de repente de la pared: el agua corre aún hoy, y las gentes devotas se hacen con ella la señal de la cruz, como con el agua bendita.

Hicimos una corta oracion en la iglesia, donde está expuesto el santo sacramento. Por la derecha del altar, a través de los vidrios de una ventana, se ve el agua de la mar que llena el entrepaño y la mar misma: pretenden que a las órdenes de Napoleon, un ejército frances quiso tomar la ciudadela por la grieta; pero ántes el comandante de la plaza, príncipe de Hessen-Philppsthal, murió repentinamente herido por una bala enemiga; el desórden se introdujo en la guarnicion, y ésta capituló al punto. Se ha levantado un monumento a la memoria del valiente comandante, cerca del lugar en que Pio IX dió su bendicion solemne.

Antes de dejar el convento, el rey se arrodilló de nuevo delante de la capilla, con su mujer y sus hijos. Entre nosotros, estas frecuentes genuflexiones tal vez parecerian ridículas; pero aquí, en este país meridional todos los sentimientos se expresan con fuerza, y de la misma manera que los grandes doblan la rodilla delante del rey y de su familia, el rey la dobla ante el único ser superior a él. Regresamos a la ciudad para ver una batería nuevamente construida. En aquella me enseñaron una casa de modesta apariencia, pero que se ha hecho célebre por la hospitalidad que dió al Santo Padre: se encuentra inmediatamente contigua a la posada en que ya no habia lugar cuando el Papa llegó secretamente, vestido con un sencillo traje de clérigo; por esto descendió en aquella humilde habitacion particular. El embajador de Baviera, conde Spauer, que le acompañaba, dirigió al punto una carta al rey de Nápoles: apénas el sol se habia levantado sobre las montañas de Gaeta, un vapor arrojó el ancla enfrente de la ciudadela, y el rey se precipitó con su mujer y sus hijos a los piés de aquel que es el representante de Dios sobre la tierra. Habia recibido la noticia en medio de la noche, y por la mañana dejaba a Nápoles para ir a recibir al padre de la cristiandad y conducirlo a una casa que él habitaba en otro tiempo cuando iba a Gaeta.

No tardaron en llegar nuevos fugitivos: entre los mas ilustres, el gran duque de Toscana y su familia; la casa que habitaron se encuentra al lado de la batería de que hablaba yo hace poco, y se distingue por una inscripcion latina, como los otros puntos que se han hecho históricos. El gran duque se dirigió despues a *Mola di Gaeta*, donde habitó la villa del gran Ciceron. Apénas podia conte-

ner Gaeta los huéspedes que afluían por todas partes: personas de la corte, diplomáticos y cardenales venian a buscar aquí un refugio. En semejantes circunstancias, obtener un cuarto soportable era obtener una gran fortuna; el conde Ludolf me contaba que en su pieza, cuyos muebles consistian en una cama y dos sillas, recibió una noche a seis cardenales de visita.

En la batería mencionada mas arriba, y que protege por una salida los principales edificios de la ciudad, observé muchos hermosos *Paichans*, nueva especie de cañones con que se pretende fortificar abundantemente la ciudadela. Nos dirigimos luego a una altura donde se encuentra una casa de educacion militar, fundada por el rey. Los jóvenes alumnos, cuyo número asciende a mas de ochocientos, estaban todos formados en el camino y tenian un aspecto de contento y de salud que daba gusto ver.

Tan luego como aquel establecimiento fué creado, por todas partes dirigian solicitudes al rey los militares para que sus hijos fuesen admitidos; el rey, que gusta tanto de los soldados, no se atrevia a rehusar, y de esta manera el número de los alumnos pronto llegó a una cifra enorme, aun ántes de que se hubiese terminado la organizacion interior que debia reglamentar su educacion.

De lo alto de las rocas en que estábamos, una escalera adornada con tiestos, enredaderas y festones de parra, nos condujo, por el jardincito, a la casa del rey. Ya para nosotros era tiempo de regresar; me despedí de la augusta pareja, dándole las gracias por la cordial acogida que habia recibido, y en ménos de cuatro horas llegamos a Nápoles, donde nos dejó el *Fieramosca* a la caida del dia. Con excepcion de algunos momentos dedicados a la cena, estuve, durante toda la travesía, sobre cubierta, ocupado en platicar con mi amable pariente Aquila, que me contó las cosas mas interesantes.

Rada de Nápoles,
12 de Agosto de 1851.

El *Museo Borbónico* es uno de los raros edificios de Nápoles, cuya arquitectura no es imponente: sus paredes, como las de Capo de Monte, son de ladrillo descubierto y de piedra gris, y el estilo

es neo-romano, como el de casi todos los monumentos de Italia. El duque de Ossuna, lugarteniente del rey de España, fué quien puso la primera piedra, destinándolo entónces para que sirviese de escuela de equitación. Los vireyes subsecuentes lo continuaron, y en 1616, bajo el gobierno de Don Pedro de Castro, se estableció en él la universidad. Hasta 1816, despues de haber servido de tribunal y cuartel, este edificio fué dedicado por Fernando I a su actual objeto, reuniendo en él todas las antigüedades del reino, dispersas en diferentes lugares. Nos hacia falta el tiempo, y recorrimos apresuradamente las salas mas interesantes, para ocuparnos con preferencia de las antigüedades romanas: la edad média, y los cuadros, fueron enteramente sacrificados.

El gran tesoro artístico del museo, son las pinturas murales de Herculano y de Pompeya. En ellas se descubre cómo los romanos han sido verdaderos maestros en el arte del dibujo, llenos de vigor y de originalidad. Aquella coleccion incomparable, encierra las pinturas clásicas mas graciosas, los cuadros de historia mas curiosos, y hasta objetos domésticos maravillosamente combinados. El arte antiguo se me descubria repentinamente bajo una faz nueva: muchas veces habia yo sentido que las pinturas de los antiguos no hubiesen llegado hasta nosotros, cuando hé aquí que me encontraba trasportado en medio de ellas, y aturdido de sorpresa y de admiracion. Carecíamos de tiempo para estudiar cada cosa en detalle; pero yo veía bastante para que se hiciera una revolucion completa en mis ideas, y para comprender en fin, que los romanos, por más que sean discipulos de los griegos, tienen tambien derecho a nuestra admiracion en este ramo del arte. ¡Qué maestros, en efecto, deben haber sido sus mejores artistas de aquella época, si poblaciones tan pequeñas como Herculano y Pompeya, poseían tan bellas cosas!

Entre los mas bonitos frescos, debemos colocar las célebres bailarinas, dibujadas sobre fondo oscuro de una manera tan vaporosa y tan poética. ¡Qué talento magistral en el movimiento de las figuras! ¡qué gracia y qué delicadeza en el arte del ropaje! Un cuadro que tiene por objeto una cigarra dirigiendo un carro tirado por un loro, nos muestra que los graves romanos se ocupaban ya de la caricatura: segun parece, es el emperador Neron, con-

ducido por Séneca, su preceptor, que está representado por aquel insecto.

Habian dado las doce, y nos dirigimos a la modesta estacion de la vía férrea que conduce a Portici y Nocera. Tomamos asiento en los carritos muy poco elegantes de aquel camino de hierro en miniatura, para atravesar por medio del vapor, los mas bellos alrededores que existen seguramente en el mundo. A la derecha está la mar y sus riberas encantadas; a la izquierda la rica y vasta llanura; despues las alturas del Vesubio, cuyos costados de lava están sembrados de viñas encantadoras y de risueñas villas que, felices con vivir, parecen desafiar la eterna espada de Damocles, la amenaza incesante del fuego destructor. Al salir de un estrecho desfiladero practicado en la lava, se vé uno en medio de un nuevo y admirable valle, de un paraíso terrestre que se extiende entre la mar, las alturas de Castellamare y el Vesubio; es el pequeño valle de Nocera, donde se encuentra al pié del volcan, la antigua Pompeya, que se ha hecho tan famosa por su catástrofe y por su resurreccion.

El dia era magnífico, el sol se ostentaba soberbio en lo alto del firmamento y reflejaba su imágen radiosa en el espejo tranquilo de la mar. Partenope desplegaba todos los recursos de su coquetería en favor del pequeño grupo de extranjeros, y en un voluptuoso abandono le descubria el tesoro de sus hechizos: parecia querer, con su fuego meridional, conseguir la victoria sobre los frios habitantes del Norte y enlazarlos en sus encantos de sirena, para despertar en ellos una embriaguez y unos deseos desconocidos.

En las riberas de este golfo incomparable todo es vida y alegría; y sin el aspecto siniestro de los torrentes de lava del Vesubio, verdaderamente se creeria uno trasportado al Eden.

El tren se detuvo, y nos acercamos con una impaciencia mezclada con cierta emocion religiosa a la vieja ciudad de los romanos. Como la han sacado de las cenizas, está tan baja respecto del nivel del suelo que no se puede ver ántes de llegar a sus puertas. Por una calle estrecha y que tiene a ambos lados monumentos fúnebres, se llega a la plaza del Foro, donde se halla la Basílica, así como otros varios templos. La Basílica tiene grandes dimensiones y aun se vé el lugar destinado a los jueces en la extremi-

dad del peristilo: esta especie de edificio era en cierta manera la *bolsa* de los antiguos. La composición de las columnas me llamó la atención, todas son de ladrillo revestidas de estuco, lo que prueba que los romanos practicaban ya este modo de construcción mezquina completamente desconocido de los griegos.

Cerca de la Basílica está una casa notable por su situación y por la vista que desde ella se descubre; la visitamos en detalles. Como todas las habitaciones de Pompeya, tiene piezas tan pequeñas, que se tiene trabajo en comprender como era posible moverse dentro de ellas. Las alcobas están dispuestas alrededor de un patio abierto ó *atrium*, adornado con mosaicos como las otras partes de la casa, y en medio del cual se encuentra un pequeño hundimiento, destinado a recibir las aguas pluviales y llamado *impluvium*. A pesar del poco espacio, los habitantes estaban extrictamente separados: los hombres tenían su *andronitis*, las mujeres su *gynæceum*, adornado con un *peristylum*, y había por último los *cenacula* para los esclavos; las bodegas, las cuevas y las cisternas estaban bajo el *atrium*. Esta disposición es casi la misma en todas las casas; algunas son un poco más grandes, otras están adornadas con bonitas fuentes de conchas y de pequeños mosaicos; en la mayor parte de las paredes se ven aún restos de ornamentación y preciosas pinturas. La pequeñez de las proporciones hace suponer que los habitantes de Pompeya, como hoy los de Nápoles, vivían mucho al aire libre. Tenían sobre todo su *Forum*, hermosa y ancha plaza con templos a derecha é izquierda, a la cual el Vesubio parecía dirigir una mirada amenazadora: allí se goza plenamente de lo que forma el grande encanto de Pompeya, la maravillosa perspectiva.

No puedo encontrar en esos templos ni en esos monumentos públicos carácter alguno de grandeza ni de nobleza: el Acrópolis de Atenas, con su arquitectura tan ligera y sin embargo tan imponente, está todavía demasiado presente en mi memoria. Verdad es que se cometería una injusticia respecto de Pompeya, si se olvidase que no era más que una ciudad de muy poca importancia, y que debe su actual celebridad a las cenizas del Vesubio. Gracias a aquella catástrofe, se ha conservado un fragmento de la antigüedad con todos sus detalles, los cuales nos revelan de una manera casi in-

discreta un cuadro vivo de la existencia antigua. Es verdad también que lo que se ha trasladado de Pompeya al *Museo Borbónico* nos muestra solamente el esqueleto de la vida romana; puesto que a esos objetos se les ha quitado su alma, descomponiéndolos prosaica y doctamente, quizá con un pleno derecho científico.

Aun se distinguen las tiendas de las casas, y se pueden leer en las paredes algunos nombres trazados negligentemente con pincel; se ven todavía en las calles las rodadas de los coches y las piedras que servían para cubrir los arroyos, todo eso como un misterioso *memento mori*. Pompeya es encantadora en sus ruinas; pero al mismo tiempo es lúgubre: sus pequeñas habitaciones resplandecen con vivos colores, como cadáveres cubiertos de afeites; las paredes están impregnadas con la vida de ayer, que ha tenido necesidad de una noche de cerca de dos mil años para venir a ser la vida póstuma de hoy. Fácilmente se creería uno en el teatro de algun vasto incendio, mas bien que en un lugar descubierto por exploraciones minuciosas, y esta impresión perjudica mucho a la grandeza del efecto. Casi todos habíamos perdido nuestras ilusiones. Cuando se ha visto esta ciudad una vez, en cierta manera ya se tiene bastante, mientras que las antigüedades de Grecia se contemplan siempre con un placer nuevo. Pompeya es un comentario instructivo para uso de los eruditos; Atenas es una epopeya agradable y seductora. Hasta hoy no se conoce más que una cuarta parte de la ciudad, y se tiene esperanza de descubrir todavía una gran cantidad de cosas interesantes.

Hicieron una excavación en honor nuestro: la ceniza fina se desbarató y aparecieron algunos vasos y una concha de mármol; pero fueron bastante..... generosos, porque no sé de que otra expresión servirme, para no darnos en memoria ningún trozo. Con el pensamiento veía yo figurar las conchas en mi pequeño jardín, porque había leído siempre que jamás se rehusaba a los extranjeros algunos de los objetos descubiertos en su presencia: este desengaño, como era natural no contribuyó mucho a hacernos agradable la excursión de hoy.

Dos cosas solamente me hicieron impresión: las *arenas* construidas de piedras macizas, y la ciudad de los muertos, la *calle de los Sepulcros*. Las arenas, aunque mucho más chicas que las de Vero-

na y de Pola, no dejan de tener un carácter grandioso, son ruinas sombrías, como a mí me gustan, cubiertas a trechos por una fresca verdura, y rodeadas de una perspectiva verdaderamente celestial, que la tarde del Mediodía con sus tintes paradisíacos, revestía con una suave y melancólica poesía. La calle de los Sepulcros en medio de la oscuridad que comenzaba a llegar, era grave y majestuosa, sin tener nada de siniestro. Entre aquellos sarcófagos misteriosos encontré a Pompeyo, tal como me lo había figurado: la tarde envolvía todas las cosas con una discreta semioscuridad, dejando a la imaginación el campo libre para adivinar y suplir lo que faltaba. La semioscuridad conviene al pasado y a la muerte, mientras que la clara luz del sol descompone muy claramente los objetos y deja percibir demasiado los detalles y las faltas: una antorcha ó bien la luz de la luna es lo que conviene a las tumbas, y Pompeyo no es otra cosa.

Rada de Nápoles,
13 de Agosto de 1851.

La mañana de hoy estaba consagrada a la prosa interesante, a la útil é instructiva realidad; íbamos a visitar la escuela de marina, los arsenales, los navíos y el Petarsa, ingenio recientemente establecido para la construcción de máquinas; prosa excelente, que en estilo nítido y conciso, y en lenguaje enérgico, enseña al extranjero que allí donde está la voluntad, la acción no puede faltar. Los arsenales no son en todas partes mas que actividad y trabajo; en todas partes el martillo hiere, y el hierro es forjado; en todas partes se pueden ver aplicar los descubrimientos más modernos de la ciencia militar.

La grande creación del rey, el objeto de su predilección por excelencia, es el Petarsa, que ha hecho construir al borde de la mar, entre Nápoles y Portici. Este establecimiento es grandioso, relativamente á la importancia del reino: puesto en movimiento por el vapor, los brazos de las máquinas trabajan sin descanso; en todas partes se ve y se siente el ardor de la flama diligente que rivaliza en intensidad con el sol del mes de Agosto, y en medio de esta actividad devoradora del siglo de las máquinas, se extienden calzadas elegantes adornadas de verdura y de flores; el agua que sirve

para la fabricación de algun instrumento de guerra, riega al mismo tiempo el mirto y la adelfa, y alrededor de las fuentes y las columnas de fundición, las plantas enredaderas enlazan sus graciosos festones. La poesía quiere asociarse aquí al trabajo material, pero no lo consigue sino a medias; a pesar de las rosas y del rumor de las fuentes, el carbon siempre despide humo y el vapor silba.

Dos cosas han llamado mi atención en los establecimientos que visitábamos hoy: la enorme cantidad de presidarios, vestidos de encarnado, arrastrando con el pié sus pesadas cadenas, que nos rodeaban por todas partes, y los innumerables bustos y retratos del rey. No me gusta que una baja lisonja multiplique en cada lugar la imagen del soberano, para cambiar despues sus retratos, a su muerte, como un par de guantes. El juicio pertenece a las generaciones subsecuentes, y a ellas toca transmitir a la posteridad la imagen verdaderamente digna de gloria.

Si la mañana nos había ofrecido una prosa instructiva, la tarde nos procuró el goce de una suave y melancólica poesía. Seguimos una larga calzada: a derecha é izquierda, las fértiles llanuras de la *Campagna* eran regadas por ruedas hidráulicas, que pobres asnos hacían girar con una paciente y sencilla obediencia; por el polvoso camino pasaban los mas extravagantes carruajes, resonando con su batahola y su música; los mendigos y los ciegos, erraban titubeando a nuestro alrededor: todo era vida y movimiento. Mas hé aquí, que despues de haber pasado una puerta de piedra, nos encontramos trasladados entre mirtos y laureles, rosas y cipreses: en una nueva ciudad adornada con pequeñas casas griegas y egipcias, góticas y romanas, con pequeños templos y obeliscos, monumentos é inscripciones; hácia el centro, una elegante cúpula y un monasterio, todo en el seno de la mas fresca verdura, del mas embalsamado océano de flores, y embellecido con la perspectiva mas admirable sobre Nápoles y su golfo encantado! En semejante morada, se siente uno tentado a exclamar con el Apóstol: "¡Señor, levantemos aquí nuestras tiendas!" Y sin embargo, ¿quién lo diría con toda su voluntad? . . . ¡Habíamos llegado al cementerio de Nápoles! cementerio sensual y florido; pero grave é imponente.

Los innumerables templecitos que llenan las calzadas, son de un estilo enteramente pagano, y no se comprende esa manía de adornar su tumba venerable con murciélagos, columnitas y lámparas egipcias como un templo de Apis.

Pero el *Campo Santo* tiene un punto central, verdaderamente cristiano, que infunde en el corazón una dulce melancolía, y es el claustro de los Capuchinos con la celda de un monje que nos servía de guía. Este monje tenía una fisonomía hermosa y noble, y sus palabras estaban impregnadas de candor y mansedumbre; palabras de un verdadero religioso, que semejante a un ciprés plantado a la orilla de una tumba, con sus raíces penetra la tierra húmeda, mientras su copa se eleva tristemente al cielo en busca de luz y de rocío. El digno hermano, no era de esos monjes que se asen con angustias al árbol de la cruz; su rostro juvenil y hermoso, radiaba de inteligencia y de saber, y su mirada limpia y profunda, parecía ser el espejo de una alma superior. No creí nunca encontrar una figura tan sublime en Nápoles, país de placer tumultuoso y de la eterna alegría. Verdad es que nosotros estábamos en la ciudad de los muertos; pero, ¿cómo la muerte es tratada en Italia? Tan luego como una pobre alma entra en agonía, parientes y amigos la abandonan, y el difunto es llevado a toda prisa al cementerio, que se tiene cuidado de que esté lo más lejos posible, con el fin de no dejar ningún *memento mori* a la vista de los vivos entregados a los placeres y a la embriaguez de la vida. En seguida se levantan, en honor de los difuntos, monumentos artísticos, y sus despojos se encierran en elegantes templetos; pero todo esto es frío y pagano, y no vale las piadosas lágrimas con que entre nosotros se riegan las flores de las humildes tumbas.

Subiendo a la azotea del convento, se goza de una perspectiva verdaderamente incomparable.

La tarde estaba tranquila y pura; el sol se hundía en el horizonte, y delante de nosotros se extendía Nápoles y su mundana magnificencia, con sus palacios y sus museos, sus casas de campo coronadas de flores y de verdura, y toda ella con su fisonomía alegre y sensual. Las aguas doradas del golfo bañaban las riberas encantadas de Castellamare, y en medio de bosques de naranjos, aparecía la poética Sorrento, la ciudad de las mujeres hermosas. Un

vapor violado envolvía el Vesubio: la rica y fértil *campagna*, se desarrollaba a nuestros pies; y formando la atmósfera que nos rodeaba, el perfume de las flores, el susurro de los cipreses y de los laureles, y las voluptuosas caricias de la brisa de la tarde, en medio de fastuosos monumentos de mármol, la muerte extendía su imperio. ¿Qué alcanza, alegres napolitanos, vuestra agitación sensual? ¿adónde vais así bailando? Vais a la tumba, y bien pueden los mirtos esparcir su perfume, y ostentar la rosa sus brillantes colores, y las adelfas y los laureles armoniosamente estremecerse, resplandecer el mármol y ostentar orgullosas inscripciones... La tumba, la fría tumba, es el siniestro término de la terrestre peregrinación.

«La paz sea con vosotros.» Tal era el presentimiento que parecía exhalarse de la humilde celda del monje capuchino. Algunos tiestos de albahaca, un piano viejo, una jaula con un huésped solitario, formaban el adorno de esa mansión, pero a través de la gótica ojiva, la mirada podía extenderse sobre la voluptuosa perspectiva. Una celda semejante en el silencioso jardín de la muerte, con la vista sobre el vasto mundo, entre la púrpura de la tarde y sobre el mar infinito, elevan al corazón que se ha conservado sencillo y puro, hacia esas serenas alturas, a pesar de las tentaciones del mundo que lo rodean. El bello monje y su celda, me recordaron dos encantadoras pinturas que en otro tiempo había visto: la una representaba a un pajarillo revoloteando a los pies de un buen religioso; en el otro se veía al hombre de la soledad sentado delante de un órgano, y creíase oír la poderosa melodía resonando en los campos, escapada a través de las ventanas góticas. Así también mi corazón estaba inundado de melodías inefables. No hay más que un instrumento capaz de producir sonidos semejantes, y es, el arpa eólica con sus acordes llenos de melancolía y de dulce languidez..... ¡Ah! que no pueda el alma humana, delirante y enferma, de esta manera también exhalarse en la muerte!

¿Por qué, llenos aún de estas poéticas impresiones, encontramos, al volver, en la oscuridad de la noche, el carro fúnebre? Aseméjase esto a una horrible mascarada; pero la Italia, en lo general, no es otra cosa, que un personaje disfrazado, vestido de colores brillantes, recamados de oro, con una máscara triste y sombría, y bajo esta máscara unos grandes ojos de fuego.

A poco las sombras y los terrores de la muerte habian acabado para nosotros, porque de vuelta en la ciudad, nos vimos envueltos en el torbellino tumultuoso de su vida popular. Luces y antorchas por todas partes, y en todas direcciones alegres cantos y gritos de regocijo: el *macaroni* formaba una cadena no interrumpida entre los calderos y las hornallas: las frituras chispeaban en todas las tiendas. Con su indolencia proverbial y en continua agitacion, el pueblo de Nápoles consumia su corto salario en el lugar mismo donde en otro tiempo el rey de los lazaroni era llevado en triunfo y volvíase loco con su demasiada prematura gloria. Nosotros recorriamos las calles lentamente, porque mucho nos divertía su aspecto tumultuoso. Veíamos al pueblo comer los macaroni, operacion poco graciosa, pero una de las mas cómicas y en la cual los napolitanos no pueden calificarse de mejor manera, que con la palabra francesa *glouton*.

Terminamos nuestro día y nuestros estudios de costumbre con la visita a dos teatros pequeños de último orden, a uno de los cuales se da el nombre de *San Carlino*, en el que se representan farsas en dialecto popular. Polichinela hacia allí el principal papel, con su voz áspera y chillona, y bien pudo haber regalado a su pequeño auditorio con juegos de palabras chinas, en concepto de que no me habrían parecido ménos difíciles de comprender que ese flujo de articulaciones desagradables, que a pesar de mis conocimientos del italiano clásico no pude comprender, porque la representacion era en lenguaje napolitano. Dos cosas me parecieron muy extravagantes en San Carlino: la primera, que hay necesidad de bajar de la calle al teatro, absolutamente como una cervecería subterránea; la segunda fué que los anuncios eran tan grandes y tan numerosos que con ellos se podían tapizar todos los palcos: en cuanto a que tuviese alguna semejanza con San Carlo, como me habian dicho, no hay que creerlo; equivaldria a tanto como comparar un hermoso caballo con un perro dogo, por la única razon de que ambos tienen dos ojos y cuatro piés.

En el otro teatrillo, que por sus dimensiones liliputienses seria ridículo llamar teatro, se parodiaba al célebre prestidigitador Philippe, que habia estado en Nápoles hacia poco tiempo. En cierto momento una mujer vestida con un pequeño pantalon blanco,

magnetizada por uno de sus compañeros, se acostó balanceándose en una delgada barra; aquello produjo una explosion general de entusiasmo y los aplausos estallaron por todas partes.

Rada de Nápoles,
14 de Agosto de 1851.

Se ostentaba el sol radiante en el cielo y dirigia sus rayos sobre la mar chispeante, cuyas olas doradas cortábamos rápidamente en un buque de vapor. Ibamos a Capri, la mansion encantadora del voluptuoso Tiberio. Esta travesía a que da tanto atractivo la vista del golfo incomparable, fué aun mas preciosa para mí por la amable conversacion del conde Aquila. Un bote nos llevó hasta la fresca arena de la ribera que se levanta en forma de pintoresco anfiteatro y cerca de la cual nos esperaban caballos y asnos para conducirnos a las ruinas del palacio imperial.

Mi real guía, que teme demasiado el calor fuerte, se quedó en el buque, y queria hacerme llevar un quitasol; pero yo rehusé estoicamente, sosteniendo que los hijos del Norte soportamos mejor el calor que los habitantes del Mediodía.

Subimos al galope la altura que se encuentra al costado de la ribera, ya entre rocas de formas pintorescas, ya en medio de jardines y de casas de campo, con una perspectiva admirable sobre la mar, cuyas aguas transparentes permitian adivinar sus brillantes y misteriosos abismos. De todas las regiones del golfo, Capri es la que tiene mas pronunciado el sello de su naturaleza meridional. Esta isla es el luminoso asiento del poder del sol, tal como lo he visto en mi bella y admirable Grecia: esto no es Italia, es algo mejor que Italia; las puntas de las rocas resplandecen con la caliente y sublime luz de los rayos *absorbidos*, y en las costas pedregosas aparece ya la vegetacion exuberante de una zona mas ardiente; a sus piés espira la suave y armoniosa Italia con sus dulces cantos del Petrarca, para hacer lugar a una naturaleza mas salvaje, a una pasion mas intensa. Italia es un soneto voluptuoso, cantado por bocas afeminadas: esta isla es como las riberas del golfo de Lepanto, un poema inflamado y mágico, en el que se reflejan todos los ardores terrestres. Si yo fuese un rico napolitano,

establecería mi habitación en Capri, y me bañaría con ese sol, que mientras en Nápoles debilita, aquí fortifica. Los habitantes participan de la naturaleza del clima: son bellos y vigorosos; sus ojos brillantes y negros expresan la pasión; sus dientes son los más hermosos que pueden verse en el mundo.

Cabalgaba yo tranquilamente atravesando los jardines, cuando de repente percibí, galopando delante de mí en un asno pequeño, a un anciano vestido con un sayal oscuro, y que llevaba en los brazos unas alforjas de limosnero, completamente llenas: era un buen fraile, y como por costumbre me gusta conversar con esas gentes, aguijoné mi caballo y lo alcancé.

Mi fibra romántica fué singularmente excitada, cuando comprendí que el personaje en cuestión, era un ermitaño, el primero que yo había visto en mi vida. Ya he manifestado, al referir nuestra ascensión al Vesubio, mi deseo de ver uno de estos seres, y este deseo se veía hoy satisfecho de la manera más extraña y más cómica: ¡el que en su asnillo cabalgaba a mi lado, era un piadoso solitario que me sonreía amistosamente! Hablando con verdad, a primera vista su aspecto era ridículo: el paso precipitado del buen hombre, las orejas largas de su cabalgadura, cuyos costados eran continuamente sacudidos por las sandalias y por los pliegues flotantes del sayal, las alforjas golpeando sobre la grupa del animal, y el jinete, que para conservar su equilibrio, tenía que hacer ciertos ejercicios de volatin, que descubrían un pié contrahecho y notablemente pequeño; todo eso formaba un contraste singular, con la fisonomía tranquila y grave que los novelistas atribuyen ordinariamente a estos seres retirados del mundo.

Nos dirigíamos al mismo punto, pues venimos a descubrir que el ermitaño habitaba justamente las ruinas del palacio de Tiberio. Los vestigios del antiguo esplendor imperial, se reducen a poca cosa: algunas paredes desplomadas, bóvedas sin adornos, mosaicos medio borrados, y el principio de una vía subterránea que debió servir de comunicación secreta al emperador, entre el palacio y la mar. Estas ruinas, llenas de plantas salvajes, espesas y pintorescas, son insignificantes, y sin embargo, inspiran una gran admiración por la inteligencia de Tiberio. Aquel príncipe escogió para su residencia, uno de los más bellos sitios del mundo, y

esta es una sabiduría, que rara vez se encuentra. No temía subir, y por esto se pudo proporcionar desde lo alto de sus terrados, el espectáculo del golfo encantador, del imponente Vesubio con su columna de humo que sube misteriosamente hasta los cielos, de la profunda filosofía de la mar inmensa, y todo a la distancia conveniente que fundía los detalles y los transfiguraba. ¿Se puede imaginar vista más hermosa y algo más bello que tenerla en su casa? El dueño del mundo tenía aquel placer: ahora disfruta de él un ermitaño, que parece haber establecido su retiro en estos lugares, más bien a causa de los numerosos extranjeros que vienen, que por una piadosa repugnancia a las cosas de la vida: sus pensamientos parecen exclusivamente dirigidos hacia la tierra. El nos confió que el aire de que goza en aquella altura hace treinta años, si no me equivoco, le daba un apetito maravilloso, que satisfacía muy imperfectamente con los escasos donativos de la aldea. A la sazón, regresaba precisamente de una excursión de esta naturaleza. No es enemigo de los obsequios metálicos, y un anuncio en frances, fijado en su celda, advierte a los extranjeros que a él le den la piadosa ofrenda, y no al *cicerone*. Un ser de esta última categoría, nos acompañaba naturalmente: era un tipo bastante travieso de viejo malicioso; habiéndole preguntado alguno de la comitiva, si el ermitaño vivía siempre solitario, respondió malignamente: "*Non si sa.*" El pobre calumniado nos trajo el mal vino de Capri, y un registro de extranjeros. Nos sentamos, y él se puso a tocar en la flauta, canciones poco edificantes: desapareció entonces toda dignidad; y el sayal, las sandalias y los modales malignos y sensuales, hacían un efecto diabólico. ¡Cuán diferentes deben haber sido los ermitaños de la Tebaida!

Nos enseñaron la roca desde donde el tirano precipitaba en las olas a los desgraciados de quienes quería deshacerse: allí se ve la mar límpida y trasparente como un grande ojo tranquilo; pero este ojo tiene, como el del hombre, sus profundidades misteriosas. Muestran también a los extranjeros una torre blanca, a la cual subía el déspota para observar las estrellas: es que las almas turbadas, leen frecuentemente la desgracia y la amenaza del peligro en las eternas y silenciosas órbitas de esos mismos astros en que otras almas toman el consuelo.

Nos reunimos en una bonita casita, entraron algunas hermosas hijas de Capri, y el espectáculo que nos dieron, me inspiró los versos siguientes: ¹

¿Qué se oye resonar en las rocas de Capri?—¿Qué se oye resonar alegremente en los aires?—Es en las manos flexibles y ágiles,—el pandero rápidamente agitado.

El ruido aturde cada vez mas.—¿Qué es pues ese loco torbellino?—Es la Tarantella de Nápoles—en la ardiente luz de un cielo luminoso.

Gozan en alegre cuadrilla—las vírgenes de Capri, esbeltas y ligeras;—bailan con una gracia encantadora—que el arte no ha viciado aún.

En las bocas risueñas resplandecen,—como las perlas los dientes hermosos y blancos;—los ojos de las mujeres brillan,—y el corazón de los hombres late ardentemente.

Las manos reemplazan a las castañuelas,—con ellas tocan el pandero;—y el chasquido de los dedos rivaliza—con el pequeño instrumento español de madera.

Ora grave, ora mas fogoso—gira el círculo de flores vivas;—ora con fuerza, ora mas suavemente—resuena el pandero para la danza.

Entonces se vuelve a abrir a los acentos de la juventud,—un corazón hace tiempo encerrado en el pecho;—el pobre viejo *cicerone*—es excitado de nuevo por el deseo de bailar.

¹ LAS MEMORIAS DE MAXIMILIANO, además de algunas poesías selectas insertadas en el último volumen, contienen otras compuestas sobre diferentes objetos. (San Telmo, el Alcázar de Sevilla, los Sepulcros de los reyes moros, etc.) Reproducimos aquí, como muestra, y para que el lector se forme idea exacta del texto original, esta composición traduciendo PALABRA POR PALABRA. (Nota del traductor francés.)

Un ardor juvenil le despierta,—su vejez se siente reanimada;—y con nueva fuerza pretende—mover sus miembros entorpecidos.

El pandero hace oír un compás mas rápido,—los ojos de las muchachas brillan chispeantes:—y siempre mas fogosas resuenan las cuadrillas—en la ola vertiginosa de la Tarantella.

Los habitantes de Capri eran para mí una nueva prueba viva de esta verdad, que el carácter de un pueblo se manifiesta maravillosamente en sus bailes: bailaban la Tarantella con un fuego apasionado; pero que en su embriaguez salvaje, era a la vez de una belleza superior y de una noble sencillez. Me gusta la locura en los bailes nacionales, como también los instrumentos nacionales, y la Tarantella acompañada del pandero satisfacía en mí esta doble inclinación. Entre las mujeres que bailaban, había una voluptuosamente hermosa, notable por la expresión inflamada de sus miradas y la salvaje audacia de su sonrisa de bacante: sus dientes parecían dos hilos de perlas, y mientras yo la contemplaba, alguno murmuró á mi oído una aventura novelesca en que se mezclaba un nombre augusto. Durante el baile hicieron circular un refresco de todo punto campestre, higos de cactus (tunas) despojados de sus espinas. Finalmente, cada uno montó en lo que había venido, ya fuese en caballo ó en asno, y acompañados por las bailarinas, nos batimos en retirada, llenos del humor mas jovial.

En el camino pasamos por delante del patio y la calzada principal de una casa a que daba sombra un magnífico palmero: yo entré por un instante al jardín para admirar de mas cerca a este poeta del reino vegetal. Antes de regresar al buque de vapor, nos dirigimos al terrado de una posada, donde pudimos saciar otra vez mas nuestros ojos con la perspectiva siempre admirable de este rincón de tierra tan fecundo en bellezas naturales; y gustamos la fruta deliciosa que la comarca produce en abundancia.

Transcurrieron algunos instantes y el buque nos condujo á los bordes de la isla; allí se apoderaron de nosotros unas barquitas en miniatura mas rápidas que el viento: parecía que como en tiempo de la fábula, una varita mágica iba a abrirnos esos retiros